

XII domingo de Tiempo Ordinario

20 de junio de 2021

- **Job 38, 1. 8-11.** Aquí se romperá la arrogancia de tus olas.
- **Sal 106. R.** ¡Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia!
- **2 Cor 5, 14-17.** Ha comenzado lo nuevo.
- **Mc 4, 35-41.** ¿Quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!

Aquel día, al atardecer, dice Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

(Marcos 4, 35-41)

1. Desde la Palabra de Dios

Seguimos con la lectura continuada del Evangelio de Marcos en tiempo ordinario, ahondando en el anuncio de la llegada del Reino de Dios. Si el pasado domingo, Jesús hablaba con parábolas, hoy lo hace mediante prodigios.

Comienza Jesús invitando a los discípulos a ir «a la otra orilla», a lo que el Papa Francisco denomina «las periferias». Jesús tiene la iniciativa de cruzar el lago

Tiberíades y llegar a la otra orilla, que era tierra de paganos. Y lo hace al caer la tarde.

Son importantes los tres detalles que resalta el evangelista Marcos: **el lago**, en el que luego se desataría la tempestad, símbolo de las fuerzas del mal; **al caer la tarde**, cercana ya la noche, donde habitan las tinieblas, signo de la presencia del mal, y **la tempestad**, que amenaza con devorar las vidas de los discípulos.

Jesús quiere llegar a tierra de paganos, a la otra orilla, para llevar la salvación a todos los pueblos. Y, para ello, se enfrenta con los poderes del mal, simbolizados por las fuerzas de la naturaleza, que pretenden impedir la acción de Jesús. Quien ya ha experimentado ya las amenazas y condenación de los fariseos —le han acusado de estar poseído por Belcebú (Mc 3, 22)—, ahora se enfrenta con firmeza a todo lo que va en contra de ofrecer la plenitud de la vida a los hombres y mujeres.

Y ante esas fuerzas maléficas, Jesús grita: «¡silencio, enmudece!». El viento amainó y sobrevino una gran calma. La acción de Jesús es poderosa. Domina la tempestad. Pero, este prodigio no es el más llamativo. Es sólo un símbolo visible de lo que Jesús va realizando en el interior de las personas. Él viene para dominar todos los miedos irracionales y tentaciones al pecado, que nos pueden derrotar. Viene a traernos la paz interior y a tener confianza en Él, que camina en nuestra misma barca. El reino de Dios ha llegado para vencer el pecado y la muerte, simbolizados por la tormenta en el Lago.

Jesús reprende a los discípulos: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Los miedos, la debilidad, la cobardía nos llegan por la falta de fe, o sea, la confianza total en el Amor y Fortaleza que nos regala el Señor. Los discípulos manifiestan claramente su falta de fe: Maestro, ¿no te importa que nos hundamos? (v. 38). Así es también muchas veces nuestro modo de orar. Pensamos que el Señor se ha olvidado de nosotros y no nos hace caso. Y esto

manifiesta que nuestra fe es imperfecta. Pues sólo esperamos de Él algún milagro. Y Jesús recrimina a quienes piensan así.

Jesús nos manifiesta que Dios no es el “tapagujeros” de nuestras necesidades. No es Aquel a quien podemos utilizar sólo cuando sentimos una necesidad corporal o material. Esto es propio de una religiosidad elemental e infantil, que pretende que Dios esté a “su servicio”, le sea útil en los apuros.

La verdadera fe nos hace confiar totalmente en Él, en los momentos agradables y en los desagradables. La fe sana nos dice que Dios no está ausente del mundo: de la naturaleza de las cosas y de las personas.

Jesús, desde nuestra debilidad asumida por Él, resucita en nosotros, para darnos su propia fortaleza y glorificación. Así nos libera de todo tipo de miedos y limitaciones.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Recordamos que este evangelio es sobre el que el Papa Francisco predicó en el impresionante momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia que celebró en el atrio de la Basílica de San Pedro el viernes, 27 de marzo de 2020. Aunque es un poco largo, merece la pena releerlo entero. Tenemos toda la semana por delante...

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y

necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre — es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contrapone a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). *No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros

pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela, se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada

en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is* 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella

del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).

(Papa Francisco. *Bendición «Urbi et Orbi»*, 27/04/2020)

3. Desde el fondo del alma

Si vienes conmigo y alientas mi fe,
si estás a mi lado, ¿a quién temeré?

A nada tengo miedo a nadie he de temer,
Señor si me protegen tu amor y tu poder.
Me llevas de la mano, me ofreces todo bien,
Señor Tú me levantas, si vuelvo a caer.

Qué largo mi camino que hondo mi dolor, ni un
árbol me da sombra, ni escucho una canción.
¿Será que a nadie puedo mirar, ni sonreír?
Señor, Tú solo quedas, Tú solo junto a mí.

En cosas que se mueren yo puse el corazón;
fue tierra mi tesoro, fue vana mi ilusión.
En cosas que se mueren, me voy muriendo yo;
Tú solo vives siempre, Tú solo Mi Señor.

